

— No puedo expresar, señor, cuán conmovido estoy, exclamó el cervicero, levantándose precipitadamente. Perdonadme, mil veces, el haberos hecho perder un tiempo precioso. Pero salgo completamente iluminado, entusiasmado, gozoso, lleno de fe y esperanza en vos; tenéis un acento de verdad y franqueza que no me deja duda alguna. Si me habéis engañado, señor, no creeré más en nada; renegaré de Dios.

— Gracias, señor, dijo el diputado, levantándose, y para sellar cuanto acabamos de decir, ¿queréis darme la mano?

— Con toda el alma, señor, respondió el elector tendiendo la mano á Mr. Rappt, y con ella todo el reconocimiento de un hombre honrado.

En este momento Bautista, llamado por Bordier, apareció y acompañó á Mr. Brewer, quien salió diciendo:

— ¡Cómo me había engañado sobre este honrado hombre; todo es sencillo en él, hasta su frugal comida!

Bautista volvió después de haber acompañado á Mr. Brewer, y dijo:

— La comida está servida.

— Vamos á comer, Bordier, dijo sonriendo Mr. Rappt.

CAPÍTULO VII.

DONDE MR. JACKAL PROCURA DESQUITARSE DEL SERVICIO QUE LE HIZO SALVADOR.

Llegó por último el gran día de las elecciones; era el sábado 17 de Diciembre: ya veis si lo fijamos con precisión.

Hemos manifestado de un modo poco prolijo quizás, por nuestras tres escenas en casa del conde Rappt, cómo se preparaban los candidatos del gobierno.

Completemos el cuadro por una circular que debemos á un prefecto de uno de nuestros ochenta y seis departamentos.

No hemos elegido, hemos tomado al azar; se verá, por último, que tiene el mérito de la naturalidad.

« Su Majestad, decía la circular en cuestión, Su Majestad desea que la mayor parte de los miembros de la cámara, que ha terminado sus trabajos, sean reelegidos.

» Los presidentes de los colegios son los candidatos.

» Todos los empleados deben al rey el concierto de su influencia y esfuerzos.

» Si son electores, deben votar según el pensamiento de Su Majestad indicado por la elección de presidentes, y hacer votar del mismo modo por los electores sobre quienes tengan influencia.

» Si no son electores, deben, por pasos dados con *discreción y perseverancia*, tratar de determinar á los electores que conozcan á que den sus sufragios al presidente. *Obrar de otro modo, ó permanecer inactivo*, es rehusar al gobierno la cooperación que *le es debida*, es separarse de él y *renunciar á su empleo*.

» Haced estas reflexiones á vuestros subordinados, etc. »

Respecto al partido liberal, su oposición fué no menos pública; pero más eficaz.

El Constitutionnel, *El Courrier français* y los *Débats*, siguieron el mismo pensamiento, por más que se hubieran combatido anteriormente, para combatir al enemigo común; es decir, á un ministerio aborrecido, gastado é imposibilitado de seguir gobernando.

Salvador, por su parte, fácilmente se adivina que no había permanecido ocioso ante esta gran lucha.

Había visto uno por uno, sin hablar de los jefes de las ventas, y los jefes de las logias, á los principales jefes de partido: Lafayette, Dupont (de l'Eure), Benjamin Constant, Casimir Périer.

Después, cuando para él los resultados de la elección de París no eran dudosos, había marchado á las provincias con objeto de hacer contra el ministerio, lo que el ministerio por su parte hacía contra la oposición.

Esto es lo que explica la ausencia que hemos hecho constar en uno de nuestros capítulos precedentes, sin designar la causa.

Á su vuelta, había esparcido la noticia del concurso casi unánime que los departamentos llevarían á París, y no se esperaba sino el día decisivo.

El 17 de Diciembre, pues, empezaron las elecciones parisienses; el día pasó muy tranquilo; cada elector se dirigió á su demarcación respectiva, y nada anunciaba que el día siguiente, domingo, sería un día ó mejor una noche tempestuosa.

Efectivamente, el día siguiente hubo un estallido y trueno de una tempestad. En ese día, los relámpagos, precursores de la terrible tempestad de Julio, cruzaron el horizonte.

En la mañana de ese famoso domingo 18, Salvador había ido á desayunarse con Fresolina; uno de esos desayunos de Idilio, como lo hacen los amantes, cuando se oyó resonar la campanilla, y que Rolando refunfuñaba.

El ruido sordo de Rolando, respondiendo á las vibraciones de la campanilla, anunciaba una visita sospechosa.

Era una de las mil precauciones púdicas de Fresolina

el huir y ocultarse en el fondo de su gabinete cuando oía resonar la campanilla.

Fresolina, pues, se levantó de la mesa, se refugió en su cámara y se ocultó.

Salvador fué á abrir.

Un hombre, cubierto con una inmensa polonesa, es decir, con un gran redingote, ribeteado de pieles, se presentó en el umbral.

— ¿Sois el mandadero de la calle de Fers? preguntó.

— Sí, respondió Salvador, procurando ver el rostro del que venía á visitarlo, lo cual le fué imposible, atendiendo á que traía el rostro enteramente tapado por tres vueltas de una faja de lana obscura, lo que hace datar, ó poco menos, desde esta época la invención de los tapabocas modernos.

— Tengo que hablaros, dijo el desconocido, entrando y cerrando la puerta tras sí.

— ¿Qué me queréis? preguntó el mandadero, procurando ver, á través del espeso velo que lo cubría, el rostro de su interlocutor.

— ¿Estáis solo? preguntó éste mirando á su alrededor.

— Sí, contestó Salvador.

— Entonces este disfraz es inútil, dijo el recién llegado, quitándose sin cumplimientos su polonesa y deslindándose la larga faja que le ocultaba al rostro.

Quitada la polonesa y la faja, Salvador, con gran asombro, reconoció á Mr. Jackal.

— ¡Vos! exclamó.

— Sí, yo, respondió Mr. Jackal con mucha naturalidad. ¿De qué proviene vuestro asombro? ¿No os he visitado para daros gracias por los días que me habéis permitido pasar aún en la tierra? Porque, lo proclamo muy alto y

quisiera poder decirlo al mundo entero, me habéis librado de un execrable asunto. ¡ Grande ! Tiemblo nada más que de pensarlo.

— Si no me explicáis vuestra visita, dijo Salvador, me explicaréis al menos vuestro disfraz.

— Nada más sencillo, querido señor Salvador. Primeramente, porque adoro los trajes polacos, en invierno sobre todo, y confesaréis que hace esta mañana un frío propio de diciembre ; en segundo lugar, porque temía ser reconocido viniendo á veros.

— ¡ Bueno ! ¿ qué queréis decir ?

— Me hubiera sido difícil, por no decir imposible, explicar semejante visita en un día como éste.

— ¿ No es hoy un día como otro cualquiera ?

— No, señor. Desde luego es domingo, y el domingo, siendo el único día de la semana en que nuestra santa religión nos incita á reposar, ese día no podrá ser como cualquier otro ; además, hoy es el segundo y por siguiente el último día de las elecciones.

— No comprendo nada.

— Con un poco de paciencia, lo comprenderéis todo. Tan sólo que como vengo para un asunto importante y que exige alguna extensión, os pediré me permitáis tomar una silla.

— ¡ Oh ! perdonadme, querido Sr. Jackal ; entrad pues. Y enseñó á Mr. Jackal el pequeño salón cuya puerta había quedado entreabierta.

Mr. Jackal entró y se arrellanó en una butaca colocada en un rincón de la chimenea.

Por la segunda puerta del salón abierta, que daba al comedor como la primera hacia la antecámara, Mr. Jackal vió los dos cubiertos.

— ¿ Os desayunabais ? preguntó.

— Había concluido, respondió Salvador ; si tenéis la bondad de decirme el objeto de vuestra visita...

— Inmediatamente.

— Decía, pues, continuó Mr. Jackal, que me hubiera sido imposible explicar mi visita para vos en un día como éste.

— Y os contestaba que no lo comprendía.

— Pues bien, lo comprenderéis cuando sepáis no que los candidatos de la oposición han sido nombrados en París, esto ya lo sabéis y por lo tanto lo suprimo, sino que la mayoría de los candidatos liberales ha sido nombrada por toda la Francia ; confesaréis, pues, que si el domingo es para vos un día como los demás, no lo será así para el gobierno.

— ¡ Bueno ! ¿ qué me decís ? exclamó alegremente Salvador.

— Lo que nadie sabe aún, y lo que el telégrafo nos ha comunicado á nosotros, y permitidme deciros que á juzgar por la alegría que os produce esta nueva, no he perdido enteramente mi tiempo viniendo á haceros una corta visita ; pero esto no es más que la mitad de lo que tengo que deciros, querido Sr. Salvador.

Salvador le alargó la mano.

— Al punto y ante todo, Sr. Jackal, aclaremos ese punto, dijo ; ¿ afirmáis que los candidatos de la oposición han sido nombrados en mayoría en los departamentos ?

— Os lo juro, respondió solemne y tristemente Mr. Jackal, extendiendo á su vez la mano.

— Gracias por la buena noticia, querido Sr. Jackal, y estoy á vuestra orden por si tengo aún la dicha de volveros á encontrar bajo la rama de un árbol.

Mr. Jackal se estremeció.

Era lo que hacía en conciencia cada vez que pensaba en su aventura, ó se la recordaba alguno.

— De ese modo, ¿me creéis desquitado respecto á vos, querido Sr. Salvador?

— Desquitado en un todo, Sr. Jackal, y lo veréis en la primera ocasión.

— Pues bien, yo, dijo con misterio el jefe de policía, no me creo desquitado sino á medias, y para completarlo os pido el permiso para continuar mi narración.

— Os escucho con el mayor interés.

— Permitidme hacerós una pregunta.

— Hacedla.

— ¿Cómo tomariais, querido Sr. Salvador, ese nombramiento, si fueseis gobierno, ó más sencillamente el rey de Francia, al ver que, á pesar de todos mis esfuerzos y el de mis empleados públicos, el partido que combatis triunfa?

— Investigaría, querido Sr. Jackal, contestó sencillamente Salvador, por qué triunfa el partido á quien combatía, y si el partido que combatía era verdaderamente el de la mayoría, me aliaría á la mayoría. No es muy difícil esto.

— Sin duda, sin duda, si no consultamos más que á la razón absoluta, estáis en lo cierto. Es preciso hacerse cargo ante todo de los elementos de victoria que tiene el partido contrario y ampararse de estos elementos: estamos de acuerdo sobre este punto. Por desgracia, el gobierno no ve las cosas tan claras como nosotros, el gobierno no sabe más que reprimir.

— ¡Oprimir! dijo sonriendo Salvador.

— Oprimir, si queréis, no sostengo la palabra. Pues bien, el gobierno, creyendo sin duda obrar en el interés

de la mayoría, ha resuelto reprimir ó oprimir, no es así, querido señor, á quien suplico me preste toda su atención; siendo admisible que el gobierno yerre ó tenga razón, debe obrar así, ¿de qué modo va á hacerlo?

— Tengo mis dudas, dijo Salvador moviendo la cabeza de un lado á otro.

— En efecto, podéis tener dudas; pero yo puedo aclararlas, y no estoy aquí para otra cosa. Veamos, ¿qué creéis que hará el gobierno para parar este revés?

— Pienso que pondrá á París en estado de sitio, como tuvo intención de hacerlo el día en que debían haber tenido lugar la ejecución de Mr. Sarranti y los funerales de Manuel. Á falta del estado de sitio militar, presumo que Mr. de Villele extenderá la medida al estado de sitio moral, es decir, que suprimirá todos los diarios de la oposición, lo que hará exactamente el mismo servicio que la supresión de todas las luces con objeto de ver más claro.

— Esas no son sino medidas probables y futuras, quiero hablar de medidas ciertas y presentes.

— Confesaréis, querido Sr. Jackal, que todo eso no es muy claro.

— ¿Queréis que yo lo sea más?

— Os confieso que me dariais placer en ello.

— ¿Qué vais á hacer esta noche?

— Notad que me preguntáis, en vez de decírmelo.

— Es un procedimiento como otro cualquiera para conseguir mi objeto.

— Sea. Pues bien, no tengo elección hecha.

Después, añadió sonriendo:

— Haré lo que hago todas las noches, en que Dios me deja escoger, leeré á Homero, Virgilio ó Lucano.

— Es un noble entretenimiento, al cual quisiera entre-

garme también de vez en cuando, y al cual os estímulo os entreguéis esta tarde mejor que nunca.

— ¿Por qué?

— Porque me parece que os conozco, y no debéis gustar del ruido, del tumulto y de la muchedumbre.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! empiezo á comprender. ¿ Creéis que habrá esta tarde en París muchedumbre, ruido y tumulto ?

— Lo temo.

— ¿ Una cosa, así como un motín ? preguntó Salvador mirando fijamente á su interlocutor.

— Un motín, si queréis, dijo Mr. Jackal. Os repito que no cuestiono sobre palabras ; pero desearía convenceros que para un hombre tan tranquilo como sois, la lectura de los poetas de la antigüedad será muy preferible á un paseo por la ciudad, desde las siete á las ocho en adelante.

— ¡ Ah ! ¡ ah !

— Es como tengo el honor de deciroslo.

— ¿ Entonces, estáis seguro de que habrá un motín esta noche ?

— Dios mío, querido Sr. Salvador, de nada está uno cierto y sobre todo de los caprichos de la multitud ; pero si después de algunos avisos, dados por personas listas, es permitido formar una ú otra conjetura, me atrevo á decir que las manifestaciones de la alegría popular serán esta noche ruidosas y... aua... hostiles.

— ¡ Si ! ¿ y presisamente entre siete y ocho de la noche ? preguntó Salvador.

— Precisamente entre siete y ocho de la noche.

— Así, dijo Salvador, ¿ queréis advertirme que se ha decidido un motín para esta noche ?

— Sin duda. Comprendéis bien que conozco demasiado el corazón y la inteligencia de la multitud, para poder

afirmar que, cuando la noticia de la victoria ganada por la oposición llegue á saberse en París, París se estremecerá y después de haberse estremecido de gozo, cantará. Ahora, de la canción á las lamparillas no hay más que un paso ; cuando París haya cantado se iluminará. Una vez París iluminado, de la iluminación á los petardos hay poca distancia y aun á los cohetes. París encenderá petardos y cohetes. Por casualidad, un militar ó un sacerdote pasará por una de las calles donde se entreguen á este inocente ejercicio ; un galopin (esta edad es poco piadosa, ha dicho un poeta), siempre por casualidad, lanzará uno de sus petardos ó cohetes sobre el honrado hombre que pasea. De ahí, risoladas por una parte y explosión de cólera ó gritos de alarma por la otra. Se cambiarán palabras graves, injurias, golpes quizá ; ¡ los movimientos de la multitud son tan inesperados !

— ¿ Creéis que llegarán á las manos ?

— Si ; comprendéis que un caballero cualquiera levantará el bastón sobre el provocador pinche, éste se halará para evitar el golpe ; y al hajarse, y por la mayor de las casualidades, encontrará una piedra bajo su mano. Ahora, no hay más que lanzar la primera piedra, las demás seguirán, y bien pronto habrá un montón. ¿ Qué hacer con un montón de piedras sino barricadas ? Se harán barricadas, pues, ligeramente al principio, después más sólidas, atendiendo á que un imbécil carretero tendrá la mala inspiración de dirigir su carreta por allí. Hasta aquí, la policía dará pruebas de una solicitud enteramente paternal. En lugar de detener á los motores, como se acostumbra, volverán los ojos diciendo : ¡ Bah ! los pobres muchachos es preciso que se diviertan, y dejará á los constructores hacer tranquilamente sus barricadas, sin incomodarlos.

— Pero esto es infame.

— ¿No es justo dejar que el pueblo se divierta? Sé muy bien que en medio del tumulto puede ocurrirsele á alguno, y aun estoy seguro de que sucederá, que alguno por tirar un petardo disparará un pistoletazo, y en lugar de un cohete un tiro de fusil; entonces bien comprendéis que la policía está obligada á intervenir, á menos de ser acusada de debilidad ó complicidad.

— Pero esto no sucederá, estad seguro, hasta el último extremo y cuando hayan llegado acontecimientos penosos. Hé ahí por qué, querido señor Salvador, si vuestra primitiva intención era la de pasar la noche leyendo vuestros autores favoritos, os daría el consejo de no cambiar de intención.

— Os doy las gracias por el aviso, señor, dijo seriamente Salvador, y esta vez estamos realmente desquitados, aunque, á decir verdad, á las siete de la mañana tuve noticia de la última nueva que me habéis hecho el honor de manifestarme.

— Siento haber llegado muy tarde, querido señor Salvador.

— No hay tiempo perdido.

Mr. Jackal se levantó.

— Os dejo, pues, dijo, con la seguridad de que ni vos, ni vuestros amigos iréis á entremeteros en ese avispero ¿no es cierto?

— ¡Ah! en cuanto á eso, no lo prometo. Estoy decidido, por el contrario, á *entremeterme*, como decís, donde haya más ruido.

— ¿Y pensáis?...

— Es preciso verlo todo, para preverlo todo.

— Sólo me resta, pues, querido señor Salvador, hacer

votos sinceros para que no os suceda nada lamentable, dijo Mr. Jackal, levantándose y dirigiéndose á la antecámara, donde se puso se polonesa y su tapaboca.

— Gracias por vuestros deseos, dijo Salvador, acompañándole, y en pago permitidme hacer por mi parte votos tan ardientes como los vuestros, para que no os suceda nada desagradable, en el caso que el ministerio sea víctima de su invención.

— Esa es la suerte de todos los inventores, dijo melancólicamente Mr. Jackal, alejándose.

CAPÍTULO VIII.

ANDANTE DE LA REVOLUCIÓN DE 1850.

Mientras que Mr. Jackal daba á Salvador estos paternales consejos, los parisienses se paseaban del modo más inofensivo, los unos con sus mujeres, los otros con sus hijos, los otros, por último, *completamente solos*, como se dice en la noble canción de *Mr. de Malbroug*. Nadie pensaba en el mal, sin decir por eso que ninguno pensase en el bien: la idea de que podía suceder alguna cosa ese día, aunque fuese un domingo un poco frío, bien que la atmósfera estaba despejada, no se había apoderado de ninguna de aquellas buenas cabezas.

Huían de sus casas y pedían un buen día y sol, aunque uno y otro fuesen de diciembre.

Este es el deseo natural de los que están á la sombra toda la semana.

De repente, por los boulevares, por las calles y por los Campos Eliseos se extendió esta noticia:

El gobierno ha sido vencido.

La multitud, encantada con la victoria, empezó a infamar al vencido.

Muy bajo al principio.

Se habló mal del ministerio, se hizo befa, permitasenos la expresión, pues por el uso es muy antigua; se hizo befa de los jesuitas de trajes cortos y trajes talares; se quejaban del rey, entregándose á toda clase de recriminaciones.

— La culpa es de Mr. de Villele, decía uno.

— La culpa es de Mr. de Peyronnet, decía otro.

— La culpa es de Mr. de Corbiere, añadía un tercero.

— De Mr. de Clermont Tonnerre, decía un cuarto.

— De Mr. de Damas, añadía el quinto personaje.

— De la Congregación, exclamaba un sexto.

— Os engañáis todos, hijo un paseante; la culpa es de la monarquía.

Esta última frase llenó á la multitud de estupor.

¿Qué objeto tenía al arrojar esa idea á la multitud: *la culpa es de la monarquía?*

No sabían nada y hé aquí por qué se asustaban.

Los miopes, una vez rotos los cristales de sus espejuelos temen caer á cada momento en un precipicio.

Ahora, los vecinos de los arrabales de París, de quienes hablamos, raza que quizá haya hoy desaparecido, esos de quien hablamos, eran miopes.

Estas palabras: la culpa es de la monarquía, acababan de romperles los anteojos.

Un hombre sonreía aparte: era Salvador.

Quizá hubiera sido él, el que pronunció esas terribles palabras.

En efecto, apenas Mr. Jackal se separó, se había puesto una capa, y se había ido á curiosear, la palabra es más bien moderna que antigua esta vez; habíase ido á curiosear al lado de la puerta Saint-Denis.

La vispera, viendo la inmensa mayoría que obtenía la oposición en París, había convocado apresuradamente las diferentes logias masónicas; y por precipitada que fuera esta convocatoria, podía decirse que estaba prevista, preparada de antemano, esperada impacientemente.

La concurrencia fué considerable.

Algunos dijeron:

— La hora de obrar ha llegado; obremos.

— Estamos dispuestos, respondieron muchos de entre los demás.

Se habló de la oportunidad de la revolución.

Salvador sacudió tristemente la cabeza.

— Bueno, exclamaron los más ardientes: ¿la mayoría de París no es la mayoría de Francia? París, ¿no es la cabeza que piensa, delibera y obra? Pues bien, la ocasión se presenta, París la aprovecha y la provincia seguirá á París.

— Sin duda, es una ocasión, dijo melancólicamente Salvador; pero creedme, amigos, es mala. Entreveo vagamente un lazo en que se nos quiere arrojar y donde pereceremos. Sois buenos y valientes leñadores; pero el árbol que queréis echar por tierra no está en tiempo á propósito para cortarlo; confundís en este momento el ministerio con el rey, como más tarde quizá se confundirá el rey con la monarquía. Os figuráis que abatiendo al uno destruiréis el otro; error, amigos míos, error profundo; las revoluciones sociales no son meros accidentes, creedlo bien, ellas se cumplen con la misma precisión matemática que

las revoluciones del globo. El mar no invade las riberas, sino cuando Dios le dice: Arrasa las montañas y lleva los valles. Pues bien, os digo, y podéis por lo tanto creer que os lo digo con gran pena, que no ha llegado la hora de arrasar la monarquía. Aguardad, esperad, pero absteneos de participar, de lejos ó de cerca, á lo que va á pasar de aquí á unos días; seriais, obrando de otro modo del que os aconsejo, no sólo víctimas, sino cómplices de los actos del gobierno. ¿Qué quieren hacer? no lo sé; pero os suplico, que suceda la que suceda, no deis, mezclándoos en ello, pretexto á la desgracia.

Estas palabras fueron dichas por Salvador con tal tristeza, que cada cual bajó la cabeza y se calló.

Hé aquí por qué Salvador no se había maravillado lo más mínimo de lo que Mr. Jackal le había dicho la mañana misma, pues el consejo que le daba Mr. Jackal lo había dado la víspera á sus compañeros.

Hé aquí por qué aun Salvador se sonreía aparte oyendo infamar al ministerio y quejarse del rey.

Entretanto se había hecho noche y empezaban á iluminar los reverberos.

De pronto se produjo en la multitud un movimiento extraordinario, movimiento que no se produce más que en las mareas y en la muchedumbre.

Todo lo que estaba en movimiento se agitó gimiendo y haciendo ondulaciones.

La causa de esta ondulación era muy sencilla; acababa de saberse por los periódicos de la tarde el resultado de las elecciones en las provincias.

Ciertas noticias llegan siempre á las masas y las recorren con una rapidez eléctrica.

La multitud se movió más aún.

Las casas tuvieron también sus ondulaciones como la multitud. Á la voz de un pilluelo, que gritó: « ¡Lamparillas! » una ventana se iluminó, después una segunda y después otras.

Es un hermosísimo espectáculo una ciudad iluminada, sobre todo París: esto le da no sé qué semejanza con las ideas que se tienen de las ciudades de China durante la famosa fiesta de las Linternas. Pero por pintoresca que sea una escena de este género, ciertas personas se asustan de ella. Esto fué lo que sucedió á la multitud de habitantes de los arrabales que atravesaba esta noche las calles de Saint-Denis, de Saint-Martin y particularmente en las pequeñas calles inmediatas; porque es de advertir una cosa, y es que mientras más pequeñas son las calles mayor es la iluminación en los días de regocijo público.

El 18 de Diciembre del año de gracia 1827 era uno de esos días; á pesar de no haber noticias exactas sobre el resultado definitivo de las elecciones de los departamentos, se sabía como ya hemos dicho, lo bastante para regocijarse, y la prueba era que se recocijaban.

Se iluminó, pues, y las calles Saint-Denis y Saint-Martin, entre otras, parecían dos ríos de luz.

Á todo esto la noche estaba tranquila; sin duda el corazón de los liberales estaba muy agitado en el fondo; pero todo parecía, gracias á las recomendaciones de Salvador, tranquilo, y lo estaba en apariencia.

Pero no hay fiesta completa sin contar con la mañana siguiente; un proverbio lo dice, sin que yo me permita decirlo.

Mr. Jackal había sido burlado; la tranquilidad había sido tan grande, que no había hallado pretexto de turbarla.

Á la mañana siguiente, es decir, el 19, los periódicos dieron cuenta de la iluminación de la vispera, y anunciaron que volvería á repetirse á la noche, pero que esta vez, según todas las probabilidades, la iluminación crecería como el triunfo, es decir, que sería general.

Por su parte, los diarios del ministerio, obligados á confesar ellos mismos su derrota, lo hicieron en términos amargos. Hablaron del sombrío resultado y del modo con que se había recibido en la capital tan desastrosa noticia.

— El partido de la muchedumbre triunfa, decían. ¡ Desgraciado país ! no tardaremos en ver obrar al partido revolucionario.

Pero París no pareció resentirse de la tristeza del ministerio ; cada cual fué á sus negocios tranquilo, si no alegre durante todo el día.

Pero no sucedió lo mismo durante la noche.

Por la noche, así como lo habían anunciado los periódicos liberales, París arrojó á un lado sus vestidos de trabajo y vistió sus trajes de gala. Por su parte, la calle Saint-Martin, la calle Saint-Denis y las que rodean, se iluminaron como por encanto.

Hubo á la vista de aquel río de lamparillas un desbordamiento de alegría que debió resonar en lo más profundo del corazón de los ministros, semejando un eco fúnebre ; millares de personas se paseaban, se acercaban unas á otras hablándose sin conocerse, ó bien se estrechaban la mano y se comprendían sin hablar. La alegría se exhalaba de todos los pechos con la respiración ; se husmeaban las primeras brisas de una libertad más completa, sobre todo más nacional, y los pulmones oprimidos se dilataban.

Nada hay que reprender á la muchedumbre hasta aquí ;

era una buena y honrada muchedumbre, gozosa de su victoria, pero sin deseo premeditado de abusar.

Algunos dieron voces antiministeriales, pero en número muy reducido. La protesta era mayor por el silencio que por el ruido : la calma era más imponente que la tempestad.

De repente un hombre en medio de la multitud exclamó :

— Comprad cohetes y petardos, ¡ señores ! ; celebrad las elecciones !

Y se los compraron.

Al principio fueron tomados maquinal y miedosamente, sin pensar en prenderles fuego ; después, un pillastre se aproximó á un ciudadano, y sin prevenirle echó un pedazo de yesca encendida en el bolsillo, en que acababa de guardarse un paquete de petardos.

Los petardos se encendieron, y el ciudadano se vió rodeado de fuego.

Esto fué como una señal. Desde aquel instante, resonaron los petardos por todas partes ; mil cohetes como estrellas cadentes serpentearon en el espacio. La mayor parte de los concurrentes pensó en retirarse ; pero no era cosa fácil en medio de aquella multitud compacta ; además que en pocos momentos cambiaron de aspecto las cosas.

Niños, jóvenes, hombres, cubiertos con trajes destrozados, como para inspirar compasión, todo presentaba en aquellas calles iluminadas *a giorno* esa miseria que ordinariamente se oculta en las más profundas tinieblas ; seres extraños fantásticos, semejantes cuando se miraban bien por la silueca, más bien que por el número, á esas sombras que se han visto vagar por la rue des Postes, cerca de la callejuela sin salida des Vignes, á algunos pasos del

Puits-qui-Parle, frente de la casa misteriosa, de lo alto de la que, recuerdan aún, había caído el pobre Vol-au-Vent.

En efecto, en medio de esta tropa, un ojo ejercitado hubiera podido conocer en la conducta de Gibassier, obedeciendo su orden, sin aparentar conocerle, á los bravos agentes de Mr. Jackal que hemos tenido ya el honor de presentar á nuestros lectores, bajo los pintorescos nombres de Papillon, Carmagnole, Longue-Avoine y Brin-d'Acier.

Salvador estaba en su puesto en el rincón de la calle aux Fers; se sonreía como se había sonreído la víspera, reconociendo todos aquellos semblantes á los cuales hubiera podido aplicar sus nombres.

Causas, que no han llegado hasta nosotros, pero que deben ser importantes, habían suspendido el motin que debía haber estallado la víspera, como Mr. Jackal lo había anunciado á Salvador. Éste lo había esperado, y viendo que no estallaba, pensó que lo habían dejado para el día siguiente. Pero cuando vió aparecer, desgrefiada, la tea en la mano, la faz roja, el ojo avinagrado, la marcha vacilante, á la tropa de que acabamos de hablar, conducida por los polizontes de rostro patibulario, cuyos nombres acabamos de recordar, comprendió fácilmente Salvador que eran los misioneros del motin, y que la fiesta verdadera, la sangrienta fiesta, iba á empezar.

En efecto, mezclándose en la multitud estos nuevos actores, exhalaban á la vez todos los gritos más desordenados y los vivas más contradictorios: ¡ Viva Lafayette! ¡ viva el emperador! ¡ viva Benjamín Constant! ¡ viva Dupont de l'Eure! ¡ viva Napoleón II! ¡ viva la República!

Pero entre todos esos gritos se hacía oír como principal el que los pilluelos de 1848 han creído inventar y

que no han hecho más que desenterrar: ¡ *Lamparillas!* ¡ *lamparillas!*

Este era el motivo principal de esta sinfonia fúnebre. El paseo de estos entusiastas duró una hora.

Pero si á su patriótica petición muchas lamparillas remisas se habían encendido, otras lamparillas más activas habían consumido su aceite, habiéndose apagado. Ahora, no era esto cuenta de los lamparilleros.

La cuadrilla descubrió una casa en la más completa obscuridad, y dando los más feroces alaridos intimó á los inquilinos que la iluminasen.

Los gritos se reasumían en estos alaridos: Cada cual tiene sus momentos de turbación política. Constantes están las de 1827. ¡ Abajo los jesuitas! ¡ abajo los santurrones! ¡ abajo los ministeriales! ¡ abajo los velleistas!

Ninguno de los inquilinos dió señal de vida. Este silencio exasperó á la turba.

— No responden, exclamó uno de ellos.

— Es una injuria hecha al pueblo, dijo otro.

— ¡ Se insulta á los patriotas! añadió un tercero.

— ¡ Mueran los jesuitas! vociferó otro.

— ¡ Mueran, muera! repitieron los pilluelos con su voz de falsete.

Y como si este grito hubiera sido una señal, la comparsa sacó, los unos de los bolsillos de su vestido, otros de su blusa, otros de su mandil, piedras de todas formas y dimensiones, las que lanzaron con fuerza á los cristales de la casa silenciosa.

Al cabo de algunos minutos no quedaba un cristal sano.

La casa estaba abierta completamente, con grandes risotadas de la mayor parte de los asistentes, que no veían

en este incidente sino una justa lección dada á los que se llamaban malos franceses.

El motín empezaba.

Invadieron la casa y la encontraron vacía. Era una casa en que estaban haciendo reparos interiores y que por el momento estaba deshabitada.

Los formales se hubieran convencido con esta razón, que era imposible en ausencia de los inquilinos iluminar las ventanas; pero los factores del motín, ó más bien los de Mr. Jackal, eran sin duda más alegres ó más hábiles que los amotinados vulgares; porque hallando la casa sin muebles y sin inquilinos, dieron gritos tan feroces, que los camaradas suyos, que habían quedado en la calle, se pusieron á aullar:

— ¡Venganza! ¡que degollan á nuestros hermanos!

Nuestros lectores saben tan bien como nosotros que no degollaban á nadie.

Pero este fué un pretexto, ó más bien una señal, para invadir las casas habitadas, cuyas lámparillas habían tenido la desgracia de apagarse.

Volvían á encenderse las lámparillas con grande alegría de la multitud.

En este momento pasaban por la calle de Saint-Denis carros que iban al mercado de los Inocentes, ó que volvían de dicho mercado. Los carreteros que conducían los carros, estaban maravillados que en esta calle, tan tranquila de ordinario, en semejante hora hubiese una muchedumbre cantando, vociferando, y arrojando de un lado á otro mil petardos. Los caballos estaban aún más asombrados que ellos, no porque los gritos de la muchedumbre sean en general desagradables á los caballos, sino porque el olor, el resplandor y el ruido de los fuegos artificiales, les sorprendía y deslumbraba.

Un caballo de trabajo no es precisamente un caballo de guerra, un corcel respirando á Belona, como hubiera dicho el abad Delille. Los caballos de trabajo se detuvieron pues, dando largos relinchos, que se mezclaban con los gritos de la multitud, produciendo las notas más incoherentes, y el concierto más discordante.

Los carreteros le repartieron sendos látigazos; pero en lugar de avanzar, los caballos recularon.

— Marcharán, gritaban los unos.

— No marcharán, exclamaban los otros.

— Os digo que marcharán, dijo un pillastre colocando un petardo bajo la cola del caballo que iba delante.

El caballo coceó, relinchó y reculó en lugar de avanzar.

La multitud prorrumpió en una carcajada homérica.

— Obstruis la vía pública, gritó Gibassier con una voz de bajo.

— Calla, es Mr. Prudhomme, exclamó un pilluelo.

En efecto, Henri Monnier acababa de inventar ese tipo que después se hizo tan popular.

— Vos impedis la manifestación de la alegría pública, exclamó después Carmañola haciendo eco á Gibassier.

— En nombre del Señor todopoderoso, balbuceó Longue-Avoine, á quien sus relaciones con la alquiladora de sillas de Saint-Sulpice habían hecho devoto, no os opongáis á los decretos de la Providencia.

— Pero, ¡mil rayos! exclamó el carretero á quien iban dirigidas estas palabras, bien veis que no puedo avanzar porque mi caballo lo rehusa.

— Entonces, reculad, hermano mio, respondió devotamente Longue-Avoine.

— Pero, ¡voto al chapiro! si no puedo retroceder, ni

avanzar, exclamó el carretero. Bien veis, que por detrás y por delante está la calle llena de gente.

— Entonces, bajad y desuncid, dijo Carmañola.

— ¡ No, por vida mía ! vociferó el carretero, aun cuando desunza, no hará esto avanzar ni retroceder mi carreta.

— Bastante habéis hablado, dijo Gibassier-Prudhomme con una voz de bajo aterradora.

Y haciendo una señal á media docena de individuos que parecían no esperar más que esa señal, se lanzó sobre el carretero de avinagrado genio, á quien derribó fácilmente, mientras que sus compañeros desataban al caballo con tal prontitud que se hubiera dicho que eran personas del oficio.

Este ejemplo fué seguido.

¿ De qué servirían los ejemplos si no los siguiesen ?

Siguiendo el ejemplo, todos los carreteros cayeron por tierra y se desataron todos los caballos que había en la calle.

Diez minutos después se formaba una magnífica barricada.

Era la primera después de la famosa jornada del 12 de Mayo de 1588.

Sabemos todos bien que no fué la última.

CAPÍTULO IX.

DONDE EL MOTÍN SIGUE SU CURSO.

Una vez atravesada la calle por una barrera, todo lo que venía detrás de los carros detenidos se detuvo.

En medio de esta aglomeración de barriles de aguadores, carretones de mano y carrmatos, se descubrían los largos varaes de las carretas de los hortelanos, que habían ya sido descargadas.

Los galopines que jugaban al gato, subidos sobre los montones de escombros del derribo á la inmediación de la calle Grenetat, al oír decir que se barricaba la calle, tuvieron la idea de llevar piedras para ese edificio que se llama barricada, y del cual los pilluelos son los mejores arquitectos. Cada cual se apoderó de lo que estaba al alcance de su mano y en relación á su estatura y sus fuerzas ; los unos llevaron los quicios de las puertas, otros los tablones de los andamios, los más pequeños piedras y aun piedra partida de la que estaba preparada para la reparación de la calzada. En fin, se encontró todo á mano y á pedir de boca, como sucede en semejantes circunstancias, para construir gruesas barreras, embriones de nuestras modernas barricadas.

La multitud, al ver elevarse este monumento, dió, desde un extremo á otro de la calle Saint-Denis, un estrepitoso hurra de triunfo. Se hubiera dicho que sobre este hacinaamiento de piedras y madera iba á elevarse el altar de la libertad.

Eran cerca de las diez ; una hora después se formaban barricadas por todos lados ; los gritos más sediciosos se oían salir de en medio de la muchedumbre, petardos de todas clases estallaban entre los que se paseaban, ó eran arrojados á través de los vidrios rotos en todas las casas de tibieza ó sospechosas de poca adhesión á esta manifestación patriótica.

Este tumulto duró tres ó cuatro horas ; el desorden llegó á su colmo, y á pesar de eso no había parecido la poli-

cia ni fuerza armada, ni un gendarme había parecido siquiera.

Va hemos citado un proverbio; si no teniéramos abusar de esta sabiduría de las naciones, diríamos que cuando los gatos faltan, las ratas danzan.

Esto fué lo que hizo la multitud.

Se formaron círculos y se pusieron á bailar con canciones más ó menos prohibidas después de la revolución.

Cada uno se entregaba con completa libertad, éste á sus canciones, aquél á su baile, unos á la edificación de barricadas, los otros al saqueo de sus semejantes; cada uno siguiendo su inclinación, su instinto, su fantasía; cuando de repente, con gran estupéfaction de la multitud, que sin duda pensaba poderse entregar toda la noche á estas inocentes diversiones, vieron aparecer por la calle Grenetat, lo mismo que si hubiese salido de debajo de tierra, un destacamento de gendarmes.

Peró el gendarme ante todo es indensivo, amigo de la multitud, protector del pilluelo, con quien se digna algunas ocasiones conversar. Así cuando descubrieron á estos inocentes militares, la muchedumbre se puso á entonar la canción tan conocida:

En la gendarmería,
Cuando un gendarme rie,
Sus compañeros rien
En la gendarmería.

En efecto los gendarmes se rieron.

Peró riéndose, dieron á la multitud paternales consejos, invitándola á que se retirase á su casa y permaneciese tranquila.

Todo iba bien hasta aquí, y quizá la multitud hubiera seguido este buen consejo, cuando al llegar á la calle

Saint-Denis, en medio del corro que acompañaba á los gendarmes, empezaron á oírse palabras injuriosas.

Á las injurias sucedieron algunas pedradas, después muchas.

Se hubiera dicho que para ellos había escrito mi compañero Scribe esta hermosa máxima:

Un soldado viejo sabe sufrir y callarse,
Sin murmurar.

El destacamento de gendarmes se calló y no murmuró una palabra. Se dirigió tranquilamente á las barricadas y empezó á desbaratarlas una á una.

Hasta aquí nada más sencillo, es decir, nada más peligroso; pero si nuestros lectores quieren mirar hacia una extremidad de la calle de Fers, verán que la situación, muy sencilla entonces, amenazaba complicarse á cada momento.

Efectivamente, uno de los más encarnizados constructores de la barricada de la calle Saint-Denis, enfrente de la calle Grenetat, era nuestro amigo Juan Taureau.

Entre los que se habían entregado á desatar los carros había algunos amotinados conocidos nuestros.

Estos amotinados eran nuestros antiguos amigos Saco de Yeso, Toussaint Louverture y la Gibelotte.

Á alguna distancia de éstos construía aisladamente es pequeño Fafiou.

Todos se habían esmerado, y según la opinión de los inteligentes, la obra se había ejecutado bien.

En un rincón de la calle de Fers, Salvador miraba, con ese desdén que le hemos notado, las diversas escenas que acabamos de narrar; iba á retirarse apesadumbrado por el papel que ejecutaban los desgraciados obreros, anastrados contra la razón por ese desgraciado grito de: ¡Viva la

libertad! cuando descubrió solidificando su barricada á Juan Taureau y sus acólitos.

Marchó recto hacia él y cogiéndole por el brazo :

— Juan, le dijo en voz baja.

— Señor Salvador, exclamó el carpintero.

— Callate, respondió éste, y vente.

— Me parece, señor Salvador, que á menos que lo que me tengáis que decir no sea importante, no tenemos tiempo de hablar en este momento.

— Sí, es muy importante lo que tengo que decirte. Ven sin tardanza.

Y Salvador se llevó á Juan Taureau, con gran disgusto de éste, á juzgar por las melancólicas miradas que dirigía á la barricada construida tan penosamente por él y que le exigían tan perentoriamente abandonar.

— Juan, le dijo Salvador cuando se habían retirado unos treinta pasos de la barricada, ¿ te he dado alguna vez un mal consejo ?

— No, señor Salvador, pero...

— ¿ Tienes completa confianza en mí ?

— Ya lo creo, señor Salvador, pero...

— ¿ Crees que te pueda proponer una mala acción ?

— ¡ Oh ! ciertamente que no, señor Salvador, pero...

— Entonces, entra en tu casa en seguida.

— Imposible, señor Salvador.

— ¿ Por qué es imposible ?

— Porque estamos decididos.

— ¿ Decididos á qué ?

— Á concluir con los jesuitas y los curiambros.

— ¿ Estás borracho, Juan ?

— ¡ Oh ! os aseguro ante Dios, que no he bebido un dedo de vino en todo el día.

— ¿ Por qué disparatas, pues ?

— Por lo mismo que, dijo Juan Taureau, si me atreviera, os confesaría una cosa, señor Salvador.

— ¿Cuál ?

— Que tengo una sed horrible.

— ¡ Tanto mejor !

— Cómo, ¡ tanto mejor ! ¿ vos me decís eso ?

— Sí, entra aquí conmigo.

Y empujando al carpintero por la espalda le hizo entrar en un café, le hizo sentar y se sentó frente á él.

Salvador pidió una botella de vino que el carpintero se bebió de una vez.

Después habiendo seguido la deglución con el interés verdadero de un amante de la historia natural :

— Escucha, Juan, le dijo, tú eres un buen muchacho, bravo y honrado ; me lo has demostrado en muchas ocasiones ; pero créeme, deja por algún tiempo á los jesuitas y curiambros tranquilos.

— Pero, Sr. Salvador, dijo el carpintero, ¿ no estamos en revolución ?

— En evolución quieres decir, mi pobre amigo, y nada más, dijo Salvador ; sí, puedes hacer mucho ruido, pero créeme no harás sino una mala obra. ¿ Quién te ha traído aquí, cuando debías ya estar acostado ? Sé franco.

— Fífina, respondió Juan Taureau, y eso que me resistía á venir.

— ¿ Y qué te ha dicho para decidirte ?

— Me ha dicho : Vamos á ver las iluminaciones.

— ¿ Nada más ? preguntó Salvador.

— Sí, me dijo : Probablemente habrá bulla ; será divertido.

— Si ; y tú un hombre tranquilo, rico relativamente,

pues tienes ahora mil doscientas libras de renta, qué te hace el general Le Bastard de Premont. Tú que amas el reposo después de un día de trabajo, has hallado que era una diversión el no entenderse, con tal de hacer ruido. ¿Y cómo sabía esto Fifina?

— Se encontró á un caballero que le dijo: « Gresca va á haber esta noche, lleva á tu marido. »

— ¿Y quién era ese caballero?

— Ella no lo conoció.

— Yo lo conozco.

— Cómo, ¿vos lo conocéis! ¿lo habéis visto, pues?

— No tengo necesidad de ver á un agente de policía, lo adivino.

— Cómo, ¿creéis que fuera un espía? exclamó Juan Taureau, frunciendo fuertemente el entrecejo, lo que equivalía á decir: siento no haberlo sabido, le hubiera roto la cabeza á ese empleado.

— Hay un axioma de derecho, mi querido Juan Taureau, que dice: *non bis in idem*.

— ¿Qué significa eso?

— Que no se maltrata así dos veces á un mismo individuo.

— ¿Lo he maltratado acaso ya? preguntó alegremente Juan Taureau.

— Si, amigo mío, lo habéis querido estrangular una noche en el boulevard de los Inválidos. Nada más que eso.

— Cómo, exclamó Juan Taureau, perdiendo el color, ¿creéis que sea Gibassier?

— Es más que probable, amigo mío.

— ¿El que todo el barrio dice que hace arrumacos á Fifina? ¡Oh! yo lo volveré á encontrar.

Y Juan Taureau mostró al cielo, donde Gibassier no estaba aún, un puño grueso como la cabeza de un niño.

— Vamos, no se trata de él, sino de tí, dijo Salvador; una vez que has cometido la necedad de venir, es preciso tener la inteligencia necesaria para escapar sano y salvo, y si permaneces una media hora más aquí, vas á hacerte matar como un perro.

— En todo caso, exclamó el carpintero exasperado, les venderé cara mi vida.

— Vale más guardarla para darla por la buena causa, contestó enérgicamente Salvador.

— ¿No es acaso por la buena causa esta noche? preguntó maravillado Juan Taureau.

— Esta noche es la causa de la policía, y sin duda alguna trabajas por el gobierno.

— ¡Puf! exclamó Juan Taureau.

— Y, entretanto, añadió después de haber reflexionado un momento, yo estoy allí con amigos.

— ¿Qué amigos? preguntó Salvador, que del grupo no había conocido sino al carpintero.

— Saco de Yeso, Toussaint Louverture, la Ciblotte...
y otros.

El beber Fafou, contra quien el carpintero había experimentado siempre envidia, hacía parte de los otros.

— ¿Y tú eres el que los has traído?

— ¡Diantre! cuando me dijeron que iba á haber gresca, fui á buscar á los camaradas.

— Pues bien, vas á beberte otra botella y á volver á la barricada.

Salvador hizo una señal, y trajeron otra botella, que al momento quedó vacía.

Juan Taureau se levantó.

— Si, dijo, vuelvo á la barricada, pero es para gritar : ¡ abajo los agentes de policía ! ¡ mueran los soplones !

— ¡ Guárdate bien, desgraciado !

— ¡ Pues qué voy á hacer en la barricada, puesto que ni puedo batirme ni gritar ?

— Irás tan solo á decir, tan bajo como puedas á Saco de Yeso, á Toussaint, á la Gibelotte, y aun al pequeño Fañou, que no solamente les mando que permanezcan tranquilos, sino que avisen á los demás que son víctimas de una alevosía, y que si no se retiran les harán fuego antes de media hora.

— ¡ Es posible, Sr. Salvador ! exclamó el carpintero indignado, ¿ tirar sobre hombres desarmados ?

— Eso te probará, imbécil, que no estáis para hacer una revolución, pues no estáis armados.

— Es verdad, confesó Juan Taureau.

— Ve, pues á avisarles, dijo Salvador, levantándose. Estaban en el umbral de la puerta cuando descubrieron el destacamento de gendarmes.

— ¡ Los gendarmes ! ¡ abajo los gendarmes ! gritó Juan Taureau con toda la fuerza de sus pulmones.

— Te callarás, dijo Salvador, cogiéndolo de un brazo ; vamos á la barricada y que la abandonen prontamente.

Juan Taureau no se lo hizo repetir, se lanzó en medio de la multitud, y llegó hasta la barricada, donde sus compañeros gritaban desaforadamente :

— ¡ Viva la libertad ! ¡ abajo los gendarmes !

Los gendarmes, con la misma tranquilidad que habían escuchado las injurias y recibido las piedras, desbarataban a barricada.

Resultó que habiéndose ido retirando ante la fuerza armada, el carpintero no encontró á quién hablar.

Pero las barricadas tienen de común con los pedazos de las serpientes, que se unen tan pronto como son cortadas.

Derribada la barricada primera, los gendarmes continuaron su camino por la calle Saint-Denis, y demolieron la segunda, mientras que los amigos de Juan Taureau reconstruían la primera.

Se comprenden los hurras y los gritos de la multitud durante el derribo y reedificación de estos edificios.

Estas escenas, cuya extensión se ha comprendido después, y de la que no se veía entonces sino el lado bufo, eran efectivamente á propósito para fomentar la hilaridad general.

Pero los hurras empezaron á generalizarse, donde las risotadas se extinguían, cuando de repente se vieron desembocar por los dos extremos de la calle Saint-Denis, por el lado de los boulevares, y de la plaza del Châtelet, dos destacamentos de gendarmes que, marchando el uno delante del otro, con un aire siniestro, no parecían dispuestos á reírse como sus compañeros.

Hubo un momento de vacilación. Se miraron, y viendo el entrecejo arrugado de la fuerza armada, se tuvieron un momento de reserva.

En fin, un individuo más atrevido que los demás, ó perteneciente á la policía, gritó con voz terrible :

— ¡ Abajo los gendarmes !

Este grito, en medio del silencio, resonó como el trueno de una tormenta.

También como el trueno hizo empezar la tormenta.

La multitud, como si sólo hubiera esperado ese grito, lo repitió en coro, y para acompañar la acción á la palabra, se lanzó al encuentro de los gendarmes, á quienes hizo re-

troceder paso á paso del Châtelet al Pont-au-Change, y del Pont-au-Change á la Prefectura de policía.

Pero mientras hacían retroceder así á los gendarmes que habían llegado por la plaza del Châtelet, fuerza más imponente de gendarmes de á pie y á caballo, venida de los boulevares, bajaba silenciosamente por todo el largo de la calle, destruyendo tranquilamente, á medida y al paso que avanzaba, á través de la chispa y las piedras, todos los obstáculos que encontraba de hombres y cosas, hasta el momento que, llegando al mercado de los Innocentes, se detuvo y tomó posición.

Mientras tanto, á su espalda, y á poca distancia, frente al pasaje del Grand-Cerf, se reconstruía una barricada, pero en mayor escala y más sólida que la que se había construido hasta aquí.

Con gran sorpresa de todos, nadie vino á inquietar esta operación; se veía á lo lejos á los gendarmes, pero se hubiera dicho que estaban convertidos en gendarmes de madera.

Pero, de repente, por la calle avanzó otro destacamento, cuyo paso era más ofensivo. Se componía de guardia real y de tropa de línea.

Iba mandada por un hombre á caballo, que llevaba las insignias de coronel.

¿Qué iba á suceder? Fácil era decirlo al ver al coronel dar la orden de distribuir cartuchos á su tropa y hacer cargar los fusiles.

Lo que pudo convencer á los incrédulos de que iba á suceder alguna cosa equívoca, por no decir más, fué la maniobra verificada por este coronel, con el rostro cubierto hasta las cejas por el sombrero, y que con voz sorda y amenazadora dividió su tropa en tres columnas, que

hizo preceder de un comisario de policía, mandándolas avanzar sobre las barricadas de la calle Saint-Denis, del Grand-Cerf y de la iglesia de Saint-Léu.

Silbidos, injurias, y piedras acogieron como anteriormente á la columna que se dirigía sobre la barricada del Grand-Cerf.

Salvador, al verla avanzar en columna cerrada, fría y resuelta, buscó á su alrededor algún rostro conocido á quien darle el aviso de retirarse.

Pero en lugar de las personas que buscaba, descubrió en la esquina de una calle el aspecto risueño de un hombre que, envuelto en su capa, parecía seguir los acontecimientos con un interés no menor que el que tenía él mismo.

Se estremeció al reconocer á Mr. Jackal que vigilaba su obra.

Sus miradas se cruzaron.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ sois vos, señor Salvador ? dijo el jefe de policía.

— Ya lo veis, señor, respondió friamente éste.

Pero Mr. Jackal no pareció notar esta frialdad.

— ¡ Voto al chapiro ! dijo, me alegro mucho encontraros para probaros que os había llevado ayer mañana un consejo de amigos.

— Empiezo á creerlo, dijo Salvador.

— Y estáis seguro ahora mismo; pero antes mirad los hombres que se adelantan allá abajo.

— La guardia real y de línea; ya los veo.

— ¿ Veis quién los manda ?

— Un coronel.

— Quiero decir, ¿ conocéis á ese coronel ?

— ¡ Eh ! dijo Salvador asombrado, no me engaño.

— Continúa.

- ¿Es el coronel Rappt?
- En persona.
- ¿Ha vuelto, pues, al servicio?
- Por esta noche.
- En efecto, no ha sido elegido diputado
- Quiere ser nombrado par.
- ¿Entonces está de servicio extraordinario?
- Extraordinario, ese es el término propio.
- ¿Y qué va á hacer?
- ¿Qué va á hacer?
- Os lo pregunto.
- Va, sencilla, fría y tranquilamente, cuando haya llegado delante de la barricada, á pronunciar una sencilla palabra, compuesta de cinco letras tan sólo:
- ¡Fuego!
- Y trescientos fusiles obedecerán.
- ¡Es preciso que vea eso! dijo Salvador: quizá tenga necesidad de aborrecer á ese hombre.
- Hasta el presente no hacéis...
- Sino despreciarlo.
- Seguidle, pues, es más prudente que adelantarle.
- Salvador siguió en efecto á Mr. Rappt, que avanzó recatadamente sobre la barricada, y con voz fría y clara sin haberse tomado la pena de dar las tres intimaciones que se acostumbra, pronunció la terrible palabra:
- ¡Fuego!

CAPÍTULO X.

EL MOTÍN PROSIGUE.

Esta horrible palabra *¡fuego!* fué seguida de una espantosa detonación; pero el grito de horror y de angustia que le siguió, fué más espantoso aún.

— ¡Fuego! repitió Mr. Rappt, en el momento en que aquella maldición iba concluyendo, desvaneciéndose por el ruido que producian los que la habian lanzado.

Los soldados, que habian vuelto á cargar sus armas, obedecieron.

Una descarga cerrada resonó de nuevo.

Un segundo grito de angustia se oyó, más terrible que el primero.

Ya no decian: « ¡Abajo el ministerio! ¡Abajo el rey! » gritaban: « ¡Mueran! »

Esta palabra, más terrible quizá que las dos descargas, recorrió toda la calle de un extremo á otro con la rapidez, explosión y ruido del rayo.

La barricada del pasaje del Gran Ciervo fué abandonada por los amotinados y ocupada por los soldados de Mr. Rappt.

Este, á la cabeza de sus soldados, dirigía sus miradas, llenas de hiel y rencor, sobre aquel pueblo que acababa de hacerle experimentar tan completa derrota. Hubiera dado cualquier cosa por tener delante á todos los electores que recibía hacia tres días, sin hablar del farmacéutico y del cervecero, de los dos Bouquemont y de monseñor Coletti: